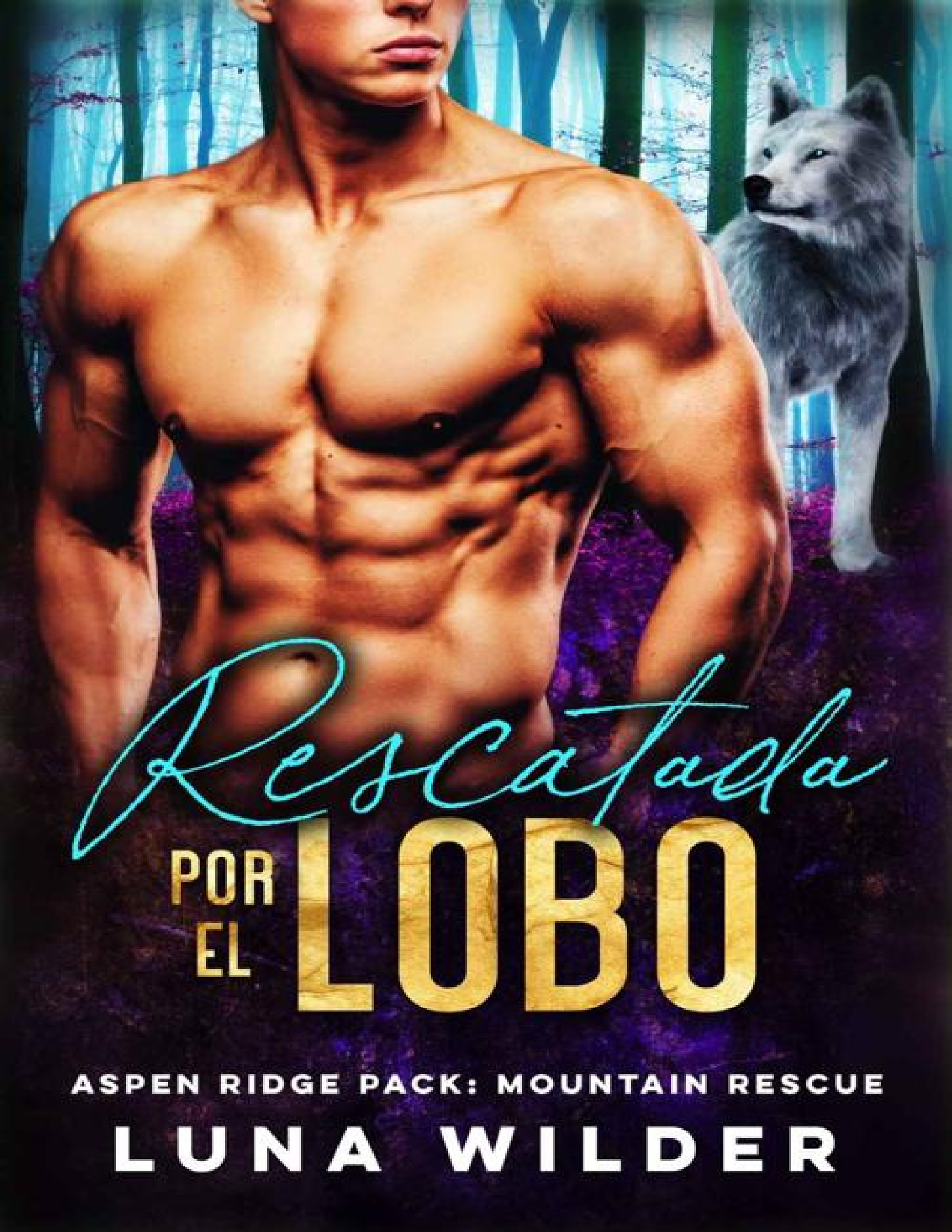

Rescatada
POR EL LOBO
ASPEN RIDGE PACK: MOUNTAIN RESCUE
LUNA WILDER

RESCATADA POR EL LOBO

LUNA WILDER

ÍNDICE

Want a free book?

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

Want a free book?
Acerca del Autor
Otras Obras de Luna Wilder

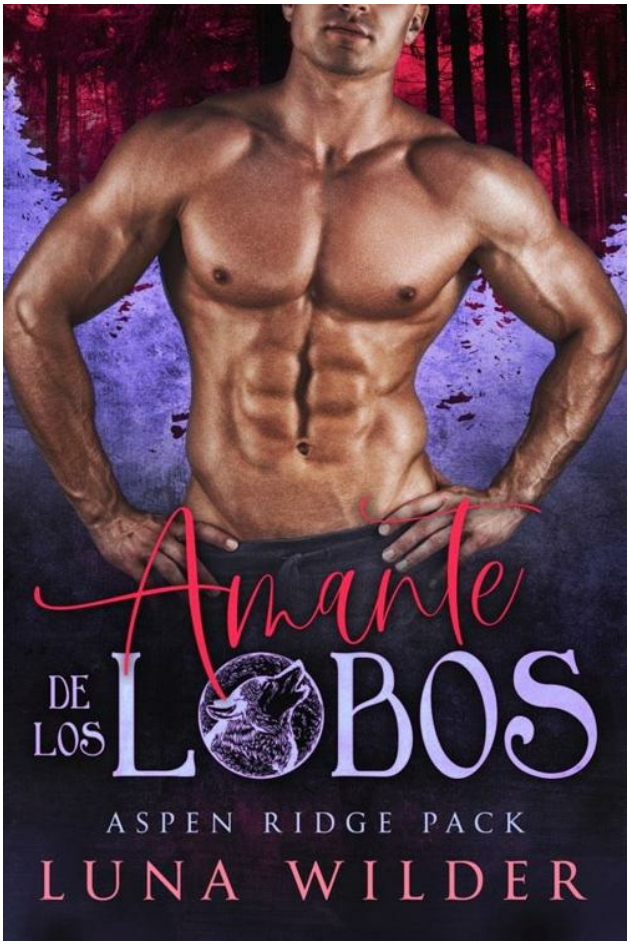
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de libro. No participe ni aliente la piratería de materiales protegidos por derechos de autor en violación de sus derechos. Todos los personajes y las historias son propiedad del autor y su apoyo y respeto son apreciados. Los personajes y eventos representados en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivos o muertos, es coincidente y no intencionado por el autor.

Traducción por Athene Translation Services

Disponible en: https://athenetranslatormc.wixsite.com/traslationservices-1

WANT A FREE BOOK?

¡Consigue Wolf Lover gratis! ¡Puedes hacerte con tu copia aquí!



Visite www.lunawilderbooks.com para obtener más libros gratuitos.

*

Ha rescatado a su compañera y ahora solo necesita hacerla suya.

Sophie

Nunca quise ver Alaska.

Me lo imaginaba como un páramo nevado.

Por eso, cuando mi madre me dice que mi padrastro nos ha reservado un viaje a un lugar remoto de Alaska para mi decimoctavo cumpleaños, no me hace mucha ilusión.

La verdad es que me sorprende, porque mi madre y yo no estamos muy unidas y normalmente no celebramos mi cumpleaños.

Pensé que tal vez este viaje iba a ser un punto de inflexión.

Aunque no tengo ni idea de cuánto va a cambiar...

Flint

Estoy patrullando cuando oigo a alguien gritar.

Salgo para intentar ayudar y, cuando llego, casi me atropella alguien que sale corriendo de una de las tiendas.

Mi compañera predestinada se abalanza sobre mí, y una vez que tengo a mi curvilínea chica entre mis brazos, no quiero dejarla ir nunca.

Pero está asustada y estoy decidido a calmarla y mantenerla a salvo.

No importa cuál sea la amenaza.

Es mía y haré lo que sea para tenerla a mi lado.

UNO

Sophie

—¿NO es genial, Sophie? —Me pregunta mi nuevo padrastro, Roger, mientras subimos al campamento.

—Genial —resoplo, pero él ya se ha dado la vuelta.

Mi madre va delante de nosotros, fingiendo que le encanta esto y que se lo está pasando en grande, pero yo la conozco mejor. No es una excursionista. Le gustan los spas, el maquillaje y las comodidades modernas, nada de lo cual hay aquí, en Alaska, en medio de la nada.

Estamos aquí haciendo senderismo por el terreno de Alaska como parte de una excursión que Roger reservó para mi décimo octavo cumpleaños. No entiendo por qué pensó que a cualquiera de nosotras le gustaría esto.

La verdad es que la excursión no ha estado tan mal. No me importa estar en la naturaleza y las vistas son increíbles. Mi único problema con este viaje es que tengo que pasar mucho tiempo con mi madre y su nuevo marido.

Mi madre y yo nunca hemos estado unidas. Mi padre murió cuando yo era niña, y creo que está resentida conmigo porque no podía salir de fiesta y tener citas porque tenía que cuidar de mí. Siempre ha sido una mariposa social, e imagino que el hecho de ser madre limitó bastante su estilo.

Mis padres nunca se casaron y la verdad es que no recuerdo mucho a mi padre. Lo que sí recuerdo es que trabajaba mucho. Recuerdo que una vez me llevó a un parque, pero esos son todos los recuerdos divertidos que tengo de él. Murió en un accidente de coche justo antes de que yo cumpliera cuatro años.

Ninguno de mis padres es exactamente un modelo a seguir, pero Roger parecía diferente. Era el único novio de mi madre que me gustaba. También fue el único novio que se quedó más de un mes o dos.

Durante los primeros meses que estuvo saliendo con mi madre, pensé que iba a ser diferente. No bebía ni salía de fiesta. En realidad pasaba tiempo conmigo e intentaba hablar y conocerme. La mayoría de sus novios me ignoraban, así que me había sorprendido. Pensaba que estaba intentando establecer un vínculo conmigo, pero en los últimos dos meses han pasado algunas cosas que me han hecho dudar de ello.

El viejo y aburrido Roger parece ser un poco raro. Me costó un poco darme cuenta, pero juraría que a veces flirteaba conmigo. Incluso todo este viaje parecía una trampa. No paraba de decir que mi madre no tenía por qué venir si no quería, que sabía que no era lo suyo, que le

vendría bien pasar tiempo conmigo y muchas otras excusas. Recuerdo rezar para que mi madre viniera, y por suerte para mí, vino.

Sin embargo, ahora que estamos aquí, desearía haber sido yo la que hubiera podido quedarse en casa.

—¡Ya casi hemos llegado! —dice Roger, y yo hago una mueca mientras avanzo hacia la cima de la colina.

El camino se abre y veo un gran lago que se extiende ante nosotros.

—Guau —susurro.

La vista es preciosa. Respiro entrecortadamente, con una nube blanca frente a mi cara mientras intento recuperar el aliento.

—¡Dios mío! Es tan bonito —exclama mi madre, y yo asiento con la cabeza.

Ella se pone al lado de Roger y él le sonríe cariñosamente. Son momentos como éste los que me hacen dudar de que Roger esté flirteando conmigo. Parece mirar a mi madre como si la quisiera y, si no, ¿por qué se casaría con ella?

—¡Por aquí! —Nos llama nuestro guía mientras se acerca al lago parcialmente helado—. Montaremos nuestras tiendas por aquí.

Voy detrás de todos y nos dirigimos hacia donde el guía está instalando su tienda. Roger llevaba nuestras dos tiendas pequeñas y coloca primero la mía antes de dirigirse unos metros hacia donde espera mi madre.

Todo el mundo está ocupado preparando su zona, pero yo me tomo un momento para mirar a mi alrededor y disfrutar del paisaje. Estamos entre dos pueblos pequeños, pero parece que estemos a un millón de kilómetros de la civilización.

Las montañas se elevan a nuestro alrededor, cubiertas de árboles y nieve. Me siento como en una bola de nieve mientras algunos copos flotan a nuestro alrededor.

—¿Necesitas ayuda para montar la tienda? —pregunta Roger, y yo me pongo en marcha.

—¿Qué? —exclamo, y él me sonríe como si estuviéramos compartiendo un chiste.

—He dicho, ¿necesitas ayuda para montar tu tienda?

—Oh, um, no, creo que lo tengo.

Su sonrisa se apaga un poco y se limita a hacerme un tenso gesto con la cabeza antes de volver con mi madre. Tiemblo y me apresuro a agacharme y empezar a montar mi tienda. Alguien ha encendido un fuego y nuestro guía está preparando la cena. Me ruge el estómago y me apresuro a terminar de montar la tienda para poder comer.

Empieza a anochecer cuando termino mi tienda y me reúno con todos junto al fuego. Estoy agotada de caminar todo el día, me derrumbo junto al fuego y prácticamente inhalo mi comida. Los demás se reúnen, comparten historias de viajes anteriores y yo escucho mientras termino de comer.

Cuando termino, el sol ya se ha puesto y ahogo un bostezo.

—Voy a acostarme —les digo a mi madre y a Roger.

—¿Tan pronto? —pregunta mi madre, y yo asiento con la cabeza.

—Sí. Los veré por la mañana.

Doy las buenas noches con la mano y me dirijo a la tienda, abro la cremallera y me meto dentro. Me cambio en la tienda, murmurando mientras intento ponerme los pantalones del pijama encorvado en la estrecha tienda.

Vuelvo a bostezar mientras me meto en el saco de dormir y enchufo el móvil al cargador que he traído.

Estoy muy cansada, pero mientras estoy tumbada boca arriba, mirando al techo de mi tienda,

no consigo dormirme. Me siento como si estuviera despierta. Cierro los ojos y me pongo de lado, luego del otro.

Odio dormir en el suelo. Odio acampar.

«Cuatro días más y nos vamos a casa».

Empiezo a quedarme dormida cuando un sonido me hace abrir los ojos. Escucho y se me erizan los pelos de la nuca al darme cuenta de que el sonido es la cremallera de mi tienda abriéndose.

Me siento erguida, mirando fijamente la abertura mientras la tienda se abre y la sombra de un hombre empieza a entrar en mi tienda.

El aire se atasca en mis pulmones y miro con los ojos muy abiertos, intentando adivinar quién es. Pero está tan oscuro que no veo nada, así que reacciono.

Empiezo a gritar.

DOS

Flint

—HOLA —me saluda Alec mientras sube por el camino hacia mí.

—Hey.

Bosteza, lo que me hace bostezar a mí. Es casi medianoche y me gustaría estar en la cama en vez de patrullando. Normalmente no hacemos turnos de noche en mi trabajo en la Patrulla de Montaña de Aspen Ridge, pero en el complejo turístico de la ciudad había un evento con fuegos artificiales y a nuestro jefe, Niko, le preocupaba que hubiera turistas deambulando después de que terminara.

Alec y yo nos unimos al equipo de rescate de montaña de Aspen Ridge cuando dejamos el ejército. Él estaba en los Marines, mientras que yo estaba en las Fuerzas Aéreas. Sin embargo, nos habíamos conocido unos años antes, cuando ambos estábamos desplegados en el extranjero.

—Hace tiempo que no veo a nadie —dice, y yo asiento con la cabeza.

—Sí, probablemente podamos volver a casa. Solo quería comprobar este último sendero.

—¿Quieres que vaya contigo? —Pregunta, y niego con la cabeza.

—No, yo me encargo. Te veré mañana.

—Suena bien. Que pases buena noche.

Se da la vuelta y se adentra en el bosque. Le oigo desnudarse y sé que está a punto de soltar a su oso para que corra de camino a casa. Mi lobo me da zarpazos, deseando correr él también.

«Pronto», se lo prometo. «Despejaremos este camino y entonces podrás correr».

Eso parece satisfacerle, porque deja de darme zarpazos y se sienta, con los ojos y las orejas atentas mientras escruta el sendero que tenemos por delante.

Camino hasta el final del sendero y estoy a punto de dar la vuelta y regresar a casa cuando un grito atraviesa el aire tranquilo de la noche. Se me eriza el vello de la nuca y me doy la vuelta, escudriñando la oscuridad en busca de cualquier señal de peligro.

El grito se repite y salgo corriendo. Ya estoy en el límite de la propiedad del complejo turístico, pero atravieso los árboles y corro hacia el lugar de donde proceden los gritos. Me doy cuenta de que es una mujer, y mi lobo me da zarpazos, queriendo que le deje salir.

«Puedo correr más rápido», me gruñe.

«Sí, pero un lobo corriendo hacia ella solo va a asustarla», replico.

Me abro paso entre los árboles y salgo al claro junto al lago Briar. Hay algunas tiendas instaladas cerca del agua y me dirijo hacia allí. Unas cuantas linternas se encienden y la gente empieza a salir de sus tiendas. Me fijo en una chica con curvas y el pelo blanco como la nieve

que se aleja de su tienda.

Llego a su lado cuando un hombre sale corriendo de la tienda tras ella. Al instante, mi lobo y yo nos ponemos en alerta.

—Quédate ahí —le gruño al hombre, y se queda inmóvil.

Parece pálido y asustado, y sé que fue él quien hizo daño a esta chica.

—¿Está usted...? —pregunto, girándome para mirar a la mujer.

Mi lobo y yo la olemos al mismo tiempo.

«Mierda», jadeo.

«¡Nuestra compañera!» Dice mi lobo al mismo tiempo.

«No puedo creer que por fin la hayamos encontrado».

«Ahora reclámala», mi lobo ordena.

—Estoy bien —balbucea, respondiendo a mi pregunta a medias.

—¿Él...?

—No —dice ella.

«¡Muérdela!» Mi lobo chasquea.

«Aquí no».

«Entonces al menos di una frase entera».

—¿Qué ha pasado? —Le pregunto a mi compañera.

—¡Entró en mi tienda! Me estaba tocando, el hombro —añade cuando empiezo a gruñir.

—¿Lo conoces?

—Es mi padrastro.

Así que definitivamente no debería colarse en su tienda...

—¡Dios mío, Sophie! ¡Eres tan dramática! Probablemente fue un error. Se ha confundido de tienda —regaña una mujer mayor a mi compañera.

—Mamá, mira las tiendas. La mía es la mitad de grande que la tuya y de otro color —argumenta Sophie, y yo asiento con la cabeza.

Sería imposible confundir las dos tiendas. Incluso en la oscuridad, es obvio que no se parecen en nada.

—¡Eso es exactamente lo que pasó! —Dice el hombre, aferrándose a la excusa—. Solo me confundí. No quería asustarte, Sophie.

Miro a mi compañera y veo que ella tampoco se lo cree.

—¡Bien, todos a la cama! Mañana tenemos un gran día —dice un hombre, y supongo que es el guía turístico de este grupito.

—Vamos —dice la madre de Sophie, agarrando la mano de su marido y tirando de él hacia su tienda.

Mi compañera está temblando y me apresuro a quitarme la chaqueta y ponérsela sobre los hombros.

—Toma, debes estar helada.

Sigue temblando y me pregunto si no será solo de frío. Todavía tiene que estar asustada.

—Gracias por intervenir —dice mi compañera, y yo asiento con la cabeza.

—Déjame hablar contigo un momento —le digo, alejándola unos metros de la tienda.

Nos detenemos y ella me mira, con sus ojos verdes brillando a la luz de la luna y de los pocos faroles que aún quedan encendidos. Mi lobo me da un zarpazo, quiere reclamarla aquí y ahora, pero aprieto los dientes.

«Ahora definitivamente no es el momento», le grito.

Gruñe y empieza a moverse dentro de mí.

La miro fijamente y me pregunto cómo demonios voy a hacerlo. ¿Cómo consuelo a mi compañera al tiempo que le explico que estamos predestinados y que soy un metamorfo? Ah, y tengo que convencerla de que debe quedarse aquí conmigo.

Sí, esta noche va a ser larga...

TRES

Sophie

ERA TAN EXTRAÑO, pero en cuanto tropecé con este hombre, supe que todo iba a ir bien. Me sentí segura en cuanto sus brazos me rodearon.

Normalmente los hombres me ponen de los nervios. No he tenido una gran historia con ellos. Mi padre era un adicto al trabajo que nunca estaba cerca y nunca se preocupó por mí, todos los novios de mi madre eran unos idiotas, e incluso los chicos de mi clase parecían tan inmaduros. Nunca les presté atención.

Se suponía que la universidad iba a ser diferente. Pensaba que allí encontraría por fin a alguien que me atrajera. Pensé que quizá los chicos serían más maduros y que por fin tendría novio, pero fue más de lo mismo.

Dos segundos con este hombre, y es como si todos esos sentimientos que debería haber tenido cuando era adolescente me golpearan de golpe. Me sentía atraída por él, excitada, y lo único en lo que podía pensar ahora que el asunto con Roger había terminado era en averiguar más cosas sobre este hombre.

—Gracias de nuevo —le digo en voz baja, y él asiente.

—Por supuesto. Me alegra haber podido ayudar. ¿Él... lo ha hecho antes?

—¿En realidad no? Yo... no lo sé. Ha sido espeluznante durante los últimos meses, pero esto fue una gran escalada.

—Espeluznante, ¿cómo?

Intento concentrarme en su pregunta, pero es como si mi cerebro se revelara. Cuando pienso en mi padrastro, me entra el pánico. Es imposible que haya confundido las tiendas. ¿Qué habría hecho si yo no me hubiera despertado? ¿O si no hubiera podido escapar?

Me estremezco al pensar en ello, y el hombre me acerca más a él.

—Deberíamos llevarte dentro, donde puedas entrar en calor —dice, y trago saliva—. ¿Te sientes segura quedándote aquí?

Quiero decirle que estoy segura de que aquí estaré bien. Quiero creer que mi padrastro no intentaba hacerme nada, pero en el fondo sé que no es verdad. También sé que mi madre no me cubre las espaldas. Quiero decir, ella ya lo ha demostrado. La verdad es que no me siento segura aquí.

Dudo en contestar, y esa parece ser toda la respuesta que necesita.

—Escucha, sé que no me conoces muy bien, me llamo Flint, por cierto, y puedo quedarme aquí contigo. Puedo hacer guardia fuera de tu tienda —ofrece—. Te protegeré en caso de que

intente pasar de nuevo.

—Te vas a congelar —le digo, como si no pudiera sentir el frío que hace.

—Estaré bien. ¿Quieres que me quede?

—Sí.

Me tomo un momento, preguntándome qué dice de mí y de mi vida que me sienta más segura y confíe más en este desconocido que en mi propia familia.

—Pero entra en la tienda. Estarás más calentito —digo antes de que pueda acobardarme.

—¿Estás segura? No estoy seguro de que quepamos los dos.

—Todo irá bien —le prometo, aunque ahora que le miro, no estoy segura de que solo él quepa en la tienda.

El hombre, Flint, es enorme. Mide por lo menos treinta centímetros más que yo y probablemente me supera en treinta kilos, lo cual es mucho decir porque yo soy más grande.

—Aquí tienes tu abrigo —le digo, intentando quitármelo, pero él niega con la cabeza.

—No te lo quites hasta que volvamos a la tienda.

Nos dirigimos hacia allí y escucho el crujido de la nieve bajo mis botas. Fueron lo único que agarre antes de salir de la tienda.

—¿Estás segura de que te sientes segura aquí? —Me pregunta mientras nos detenemos fuera de mi tienda, y hago una pausa.

—Estoy segura de que estará bien. No volvería a intentar nada.

O al menos no esta noche.

¿Verdad?

Me meto en la tienda y Flint me sigue. Me quito las botas y las meto en un rincón antes de meterme en el saco de dormir.

—Aquí tienes tu abrigo —le digo, encogiéndome de hombros y entregándoselo.

—¿Tienes calor suficiente? —Me pregunta antes de tomarlo, y yo asiento con la cabeza.

—Estoy bien. Gracias.

Nos movemos hasta que los dos estamos cómodos. La tienda es tan pequeña que estamos aplastados el uno contra el otro, independientemente de cómo nos tumbemos.

—¿Qué querías decir antes? —Flint pregunta—. Cuando dijiste que tu padrastro estaba siendo espeluznante los últimos meses.

—Me ha estado... tirando los tejos. Creo —añado con desgana.

Veo cómo Flint aprieta la mandíbula al oír mis palabras.

—¿Se lo has dicho a tu madre? —Pregunta.

—Lo intenté, pero todos los ejemplos son tan... turbios. Ella siempre podía explicarlo o me hacía parecer que estaba exagerando o siendo dramática.

—Se está intensificando. No va a mejorar —me advierte, y yo ruedo sobre mi espalda y miro fijamente al techo de la tienda.

—Lo sé —susurro.

Sé que tiene razón. Roger es cada vez más audaz.

—Acabo de graduarme de la universidad. Puedo mudarme en cuanto encuentre trabajo. No tendré que verle tan a menudo —le digo y él asiente.

—Bien.

Flint se desplaza, tratando de acomodarse en el pequeño espacio, y yo me arrimo todo lo que puedo.

—Aquí, puedes tumbarte. Puede ser más relajante que estar sentado toda la noche.

Se detiene un momento antes de tumbarse a mi lado. Nuestros hombros se rozan y respiro

entrecortadamente.

—Entonces, ¿vives aquí? —Pregunto.

Necesito hablar con él. Quiero saber más de él y espero que hablar me distraiga de los sentimientos que afloran en mi interior.

—Yo sí. Vivo en el pueblo de allí —dice señalando hacia el este—. Es un pueblecito llamado Aspen Ridge.

—¿Qué hacías aquí de noche?

—Estaba de patrulla. Trabajo para el equipo de Rescate de Montaña y estaba revisando los senderos cuando te oí gritar.

—Me alegro de que estuvieras —admito, y él sonríe suavemente.

—Yo también.

—¿Hace mucho que vives aquí?

—Un poco más de un año. Me mudé aquí después de salir de las Fuerzas Aéreas.

—¿Estuviste en el ejército?

—Sí. Cumplí ocho años. ¿Y tú?

—Estamos aquí de vacaciones. Fue idea de Roger —le digo.

—¿De dónde eres?

—Utah. Fui a la universidad en California y volví a casa después de graduarme.

—¿Te gusta allí?

—Está bien.

—Nunca me imaginé viviendo en el desierto —murmura, y yo frunzo el ceño.

—¿Piensas mudarte? —le pregunto.

—Tal vez.

Ahogo un bostezo y él sonríe, sus ojos brillan en la oscuridad.

—Debes estar agotada. Vete a dormir, pequeña. Hablaremos más por la mañana.

Asiento con la cabeza y se me cierran los ojos cuando Flint se pone de lado para mirarme. Quiero seguir hablándole, pero antes de que se me ocurra una pregunta, el sueño se apodera de mí.

CUATRO

Flint

ESTOY AGOTADO, pero le prometí a mi compañera que la protegería, y eso es lo que voy a hacer. El sol está empezando a salir y me froto los ojos cansados, intentando despertarme un poco. Oigo la cremallera de una tienda cercana, y mi lobo y yo nos levantamos, atentos a cualquier otro sonido. Oigo a alguien moverse fuera, pero está más lejos, así que sé que no es su padrastro.

«Probablemente el guía turístico», le digo a mi lobo, y él asiente.

Sin embargo, permanece alerta, y yo también.

Nuestra compañera sigue profundamente dormida y me acerco a ella para apartarle unos mechones de pelo de la cara. Está muy pálida y me pregunto si es su tono normal o si tiene frío. Alargo la mano y rozo su suave piel con los dedos. La siento bastante cálida.

«Muérdela», dice mi lobo, y niego con la cabeza.

«Tenemos que hablarle de nosotros y de las parejas predestinadas. No podemos asustarla y ahuyentarla».

Resopla y yo le pongo los ojos en blanco.

Más gente empieza a agitarse en las otras tiendas y escucho cualquier sonido que se dirija hacia la nuestra.

—¿Deberíamos despertar a Sophie? —Oigo a su padrastro preguntar, y a su madre resoplar.

—No, déjala dormir. Seguro que está avergonzada por su arrebato de anoche. Qué dramática —dice su madre, y yo la fulmino con la mirada, aunque lo único que veo es la tienda de campaña.

Mi lobo gruñe dentro de mí, enseñando los dientes. Odia a su madre y a su padrastro, y estoy de acuerdo. Ambos son horribles. Nuestra compañera se merece algo mucho mejor.

Ahora que tenemos a nuestra compañera, nos aseguraremos de que sea tratada con respeto y cuidado.

Parece surrealista que por fin hayamos encontrado a nuestra pareja predestinada. La habíamos buscado cuando cumplimos los dieciocho, pero el ejército ralentizó un poco el proceso. Cuando salimos, intenté varias veces hacer viajes para encontrarla, pero nunca tuve suerte. Casi había renunciado a encontrarla y ahora, de repente, está aquí.

«Aún no es nuestra», me recuerda mi lobo. «No hasta que la reclamemos».

«Estoy trabajando en ello», se lo prometo.

Sophie empieza a moverse y yo me levanto, me enderezo en el asiento y me retiro el pelo de

los ojos. Me paso las manos por la cara, intentando parecer más alerta mientras ella abre sus bonitos ojos verdes.

—Buenos días —le digo suavemente, y ella parpadea, pareciendo asustada de verme al principio.

Su rostro cambia de sorprendido a triste y a neutro, y sé que debe de estar recordando todo lo que pasó anoche. Me alegro de que no estuviera despierta para oír lo que dijo su madre antes. Sé que le habría hecho más daño.

—Buenos días —dice mientras se sienta en su saco de dormir—. ¿Ya están todos levantados?

—Sí, ya se están levantando.

Ella asiente, acomodándose el pelo detrás de las orejas.

—¿Cuál es el plan para hoy? —le pregunto, y ella suspira.

—No estoy segura. Probablemente hagamos otra excursión cerca, pero no muy lejos. Creo que nos quedaremos aquí el resto de la excursión.

—Vale, puedo correr a casa y luego volver con algo de equipo de senderismo para mí.

—Oh, no tienes que hacer eso. No quiero quitarte mucho tiempo. Estoy segura de que estaré bien. Pero gracias.

—No es ninguna molestia —le digo.

Quiero rogarle que me deje quedarme, pero también sé que tengo que jugar limpio con ella.

—Está bien, Flint. Te lo prometo.

No me gusta, pero asiento.

—Si necesitas algo, mi cabaña está subiendo esa colina y bajando por el camino de la izquierda. —Le digo, señalando en dirección a mi casa—. Si pasa algo. Corres en esa dirección. Grita mi nombre y te juro que vendré a buscarte.

La miro a los ojos verdes para transmitirle mi seriedad. Ella traga saliva, pero asiente.

—De acuerdo.

—Lo digo en serio, Sophie. Si empiezas a sentirte incómoda, si pasa algo, ve hacia allá. Grita por mí.

Ella asiente.

—Lo haré. Lo prometo.

Asiento con la cabeza, no exactamente satisfecho, pero tendrá que bastar.

Sophie sale de su saco de dormir y veo su móvil.

—Aquí, déjame darte mi número también. Puede que no tengas un gran servicio aquí fuera, pero no está de más dártelo.

Me pasa su teléfono y yo introduzco mis datos y me llamo a mí mismo para tener también su número.

—Debería vestirme —dice, y sé que tengo que irme.

Odio dejar a mi compañera, pero sé que tengo que ir al trabajo y comer algo. Probablemente también debería dormir unas horas.

—Te veré luego —le prometo, y ella asiente.

—Adiós, Flint.

—Hasta luego, Sophie.

Me arrastro fuera de la tienda y busco a Roger y a la madre de Sophie. Están con el resto del grupo. Roger me fulmina con la mirada y yo le devuelvo la mirada.

«No podemos dejarla aquí sola», me dice mi lobo, y aprieto los dientes.

«Volveremos pronto para cuidarla», se lo prometo a mi lobo. «La mantendremos a salvo».

Ambos lo odiamos, pero me doy la vuelta y me dirijo hacia mi casa.

«Pronto», pienso mientras desaparezco en el bosque.

CINCO

Sophie

DEBERÍA HABER IDO CON FLINT.

Hoy ha sido un desastre, y ahora que casi es hora de irse a la cama, siento que voy a vomitar. He hecho todo lo posible por evitar a mi madre y a mi padrastro durante todo el día, pero el grupo es pequeño, así que ha sido casi imposible.

Supe que el día de hoy iba a ser un asco en cuanto salí de la tienda y mi madre me clavó las uñas en el brazo mientras me arrastraba para reñirme. Estaba cabreada con lo que había pasado anoche y me había exigido que me disculpara con Roger por tratarle como a un depredador. Yo me había negado y había intentado hablar con ella al respecto, pero no me escuchaba.

Las cosas han estado heladas entre nosotros hoy, por decir lo menos.

Mis ojos se desvían hacia donde Flint me dijo que estaba su cabaña y, por millonésima vez, deseo haberle pedido ir con él esta mañana. Estoy segura de que mi día habría sido mucho mejor si me hubiera quedado con él.

—Creo que me voy a acostar —murmuro al grupo.

Nadie me presta atención mientras me dirijo a mi tienda. Me invade una sensación de inquietud y no puedo evitar acordarme de la noche anterior.

«Seguramente Roger no lo intentaría de nuevo esta noche. Quiero decir, tendría que estar loco para hacerlo.

A menos que se sintiera desesperado...

¿Y si todo este viaje era su manera de llegar a mí? Quiero decir, acabo de graduarme en la universidad y apenas he vuelto a su casa. Tal vez no quería arriesgarse en casa. Tal vez pensó que aquí, donde no había nadie más alrededor sería mejor».

La ansiedad se dispara en mi interior y miro por encima del hombro hacia el fuego, donde todos siguen sentados. El corazón se me sube a la garganta cuando veo que Roger me observa con una mirada decidida.

«Necesito salir de aquí».

Es el único pensamiento que tengo mientras me doy la vuelta y me escondo detrás de las tiendas cercanas. Me dirijo hacia la colina que lleva a la cabaña de Flint y empiezo a subirla a toda prisa. No miro atrás, por miedo a lo que pueda ver o, más concretamente, a *quién* pueda ver detrás de mí.

Llego a lo alto de la colina y encuentro el sendero del que me habló Flint. Saco el teléfono del bolsillo, pero no tengo cobertura. Enciendo la linterna y la apunto al suelo mientras empiezo

a bajar por el sendero.

Una rama se rompe detrás de mí y suelto un aullido, girándome y encendiendo la linterna para intentar ver qué era. Pero estoy sola en el sendero.

El corazón me late desbocado, trago saliva y me doy la vuelta. Acelero el paso, tropezando con raíces y pequeñas ramas mientras me precipito por el sendero.

Entonces, una sombra oscura cae sobre mí y grito al darme la vuelta y encontrarme cara a cara con mi padrastro.

—¿A dónde te escabulles? —Pregunta, pero suena diferente.

Ahora no parece el inofensivo de siempre. Sus palabras son mordaces y me alejo de él.

—Solo voy a dar un paseo —miento, y él me frunce el ceño.

—Vas a ver a ese hombre de anoche, ¿verdad?

—Sí —admito, y él me gruñe.

—Pequeña zorra. Se lo das a cualquiera, ¿eh?

—¡No! —Grito— soy...

Me corto y retrocedo unos pasos más. Me pregunto si Flint puede oírme. ¿Hago suficiente ruido?

—Ahora que has vuelto a casa, vas a tener que empezar a ganarte el sustento. Tengo algunas cosas que puedes hacer si quieres quedarte en mi casa.

Empieza a tocarse el cinturón y me asusto. Una parte de mí se siente aliviada de no estar volviéndome loca. Roger realmente estaba flirteando conmigo. Realmente estaba intentando ligar conmigo.

Ew, sin embargo.

—No quiero eso. Me mudaré —le digo.

—Eso llevará tiempo. Vamos, Sophie. Se lo darás a extraños. Por qué no al viejo y querido papá.

Quiero vomitar. Esto no puede estar pasando.

—No.

Es todo lo que puedo sacar.

Pero no va a detenerse, me doy cuenta, así que hago lo único que puedo, me doy la vuelta y corro.

—¡Flint! —Grito mientras atravieso el bosque.

Oigo a Roger correr detrás de mí y me empujo para ir más rápido.

—¡Flint! —Grito de nuevo, y de repente, un fuerte estruendo viene de delante de mí.

Me asusta tanto que, por un momento, me paralizo. Roger también debe detenerse, porque ya no le oigo correr detrás de mí.

Entonces los arbustos se separan y Flint se queda de pie, con la rabia y la preocupación marcando sus hermosas facciones.

—¡Sophie! —Grita, corriendo a mi lado.

—Roger, me perseguía —jadeo, y él frunce el ceño por el camino detrás de mí.

Me giro, pero ya está vacío.

—Debió de darse la vuelta cuando grité tu nombre —le digo, y él asiente.

—Vamos. Vamos a llevarte a casa.

Me rodea con su fuerte brazo y dejo que me guíe por el camino hasta su cabaña. Mi corazón sigue acelerado, pero el miedo ha desaparecido ahora que Flint está aquí. Jadeo e intento respirar hondo.

«Dios, estoy fuera de forma».

Su cabaña aparece delante de nosotros y la contemplo. Es una encantadora cabaña de madera de dos plantas, y parece que es la única casa en kilómetros a la redonda. Está rodeada de pinos, lo que le da aún más intimidad.

—Vamos a calentarte —dice Flint mientras me lleva al porche y al interior.

Ya hay fuego en la chimenea y Flint me lleva a sentarme en el sofá que hay junto a ella.

—¿Quieres algo de beber? —Pregunta.

—¿Tal vez solo un poco de agua?

—Por supuesto. Siéntate bien.

Sale del salón y yo miro a mi alrededor. El lugar no está muy amueblado. Solo un sofá y una silla de cuero, la tele y una mesita auxiliar.

—Aquí tienes —dice mientras vuelve con un vaso de agua.

Lo tomo y me trago la mitad de un trago.

—¿Quieres hablar de ello? ¿Puedes contarme lo que pasó? —Me pregunta mientras toma asiento a mi lado.

—Las cosas estaban... mal hoy. Mi madre estaba enfadada conmigo y yo estaba muy tensa con Roger. Intentaba evitarlos, pero era difícil. Así que decidí acostarme pronto y volví a mi tienda, pero era como si sintiera sus ojos clavados en mí. Cuando me di la vuelta, me estaba mirando y supe que tenía que salir de allí.

—Así que viniste aquí.

—Empecé a hacerlo. Llegué a lo alto de la colina y me dirigía por este camino cuando oí algo detrás de mí. Era él, y me dijo que era una zorra; pensó que me había acostado contigo anoche y que me estaba escabullendo para volver a hacerlo.

—Ese maldito bastardo —sisea Flint.

—Me dijo que tenía que hacer cosas por él ahora que había vuelto a casa y vivía con él.

Casi me ahogo con las palabras. Flint me acerca más a él, envolviéndome entre sus brazos.

—No te preocupes, Sophie. No tienes que volver allí. Puedes quedarte aquí. Todo el tiempo que quieras. Para siempre.

Asiento contra él y me aprieta.

—Es tarde, y has tenido un gran día. Vamos a llevarte a la cama.

Vuelvo a asentir y nos ponemos de pie. Me toma de la mano y me lleva escaleras arriba hasta un dormitorio. Huele a Flint y, al mirar a mi alrededor, me doy cuenta de que debe de ser su habitación.

—No quiero echarte de tu habitación —protesto.

—No lo harás. Estaré bien.

Me suelta la mano y abre un cajón de la cómoda, sacando una camiseta larga.

—Puedes dormir en esto. Si quieres.

—Gracias.

—Te dejaré descansar un poco. Estaré aquí al lado si necesitas algo.

—Gracias, Flint.

Sonríe y me hace un pequeño gesto con la cabeza antes de darse la vuelta y salir por la puerta. La cierra tras de sí y me llevo la camisa a la nariz, inhalando profundamente. Debería estar aterrorizada, pero la mayor emoción que siento es lujuria.

Quiero a Flint más de lo que nunca he querido nada.

Pero no puedo tenerlo.

«¿Puedo?»

SEIS

Flint

PASÉ la mayor parte del día de ayer pensando en Sophie y en cómo volver a verla. Me había registrado en el trabajo y luego me había ido a casa a comer y a dormir unas horas. Sophie me siguió en sueños y, cuando me desperté, me había decepcionado al estar solo y darme cuenta de que todo había sido un sueño.

Hice la cena y discutí con mi lobo. Estaba enfadado porque no estábamos allí con nuestra compañera, protegiéndola. Yo también estaba molesto por eso, pero sabía cómo reaccionaría un humano si la hubiera mordido y arrastrado a mi casa.

Me estaba poniendo los zapatos y la chaqueta para ir a ver cómo estaba cuando la oí gritar. Reaccioné y corrí hacia ella en la noche.

Parecía estar bien cuando la arropé. Me alegro de que no esté muy asustada por todo esto. O tal vez solo estaba en estado de shock.

Estoy preparando el desayuno, mi lobo y yo atentos a cualquier señal de que Sophie está despierta. Ya he preparado el café y empiezo a hacernos bacon y tortitas. Estoy echando la masa en la plancha para la primera tortita cuando oigo que Sophie empieza a moverse arriba.

Sonrío al pensar en hacer esto todos los días del resto de mi vida. Podría despertarme a su lado e irme a dormir con ella cada noche también. Dios, quiero eso. Quiero poder hablar con ella, preguntarle todo lo que se le pase por la cabeza. Quiero poder llamarla mía.

«¡Entonces muérdela!» Mi lobo ordena.

«Pronto», se lo prometo.

Sophie baja las escaleras y yo me giro, sonriéndole mientras entra en la cocina.

—Qué bien huele —dice, gimiendo ligeramente, y mi pene reacciona.

—¿Tienes hambre? —pregunto, aclarándome la garganta mientras me vuelvo hacia los fogones.

—Muerta de hambre.

—¿Cómo has dormido?

—Muy bien. Me encanta tu casa. Gracias por dejar que me quede aquí.

—Por supuesto. Ya te he dicho que puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

«Por favor, quédate para siempre», añado en silencio.

—Puede que te arrepientas de haber dicho eso cuando nunca me vaya —bromea, pero es exactamente lo que quiero.

—Nunca me arrepentiría —le digo en voz baja, y ella parpadea, aparentemente sorprendida

por mi sinceridad.

—Bueno, puedo decirte que realmente no quiero volver a esa gira. No puedo imaginar lo mal que estarán las cosas esta mañana entre mi madre y mi padrastro.

—No tienes que volver. Recogeré tus cosas —le ofrezco.

—No quiero echarte... otra vez.

—No lo harás. Quiero ayudarte.

Ella se sonroja ligeramente, bajando la cabeza, y mi corazón da un vuelco en mi pecho.

«Le gustas», me dice mi lobo, y sonrío.

«Lo sé, lo sé. Es una buena señal».

—¿Qué tal si desayunas y te relajas, y yo voy a recoger tus cosas.

—Claro. ¿Tienes que trabajar hoy? —Me pregunta mientras le doy la vuelta a la tortita en la sartén.

—No, hoy estoy libre. Puedo enseñarte la ciudad si quieres salir. O podemos quedarnos aquí.

—Lo que quieras —dice mientras toma asiento en la encimera de la cocina.

—Entonces podemos hacer las dos cosas. Deberías ver la ciudad antes de decidir mudarte aquí —le digo, y ella sonríe.

—Suena bien.

Pongo las tortitas y unas tiras de beicon en un plato y lo deslizo delante de ella.

—Avísame si quieres más —le digo, y ella asiente.

Ella empieza a comer y yo añado más masa a la sartén. Me meto un trozo de beicon en la boca y mastico mientras espero a que las tortitas estén listas.

En mi cabeza, ya estoy haciendo un plan para hoy. Tengo un día entero para convencer a Sophie de que estamos hechos el uno para el otro.

La luna llena es mañana por la noche, y me pregunto si ella puede sentir la conexión entre nosotros. Si es así, ese vínculo se hará más fuerte a medida que se acerque la luna llena.

Le doy la vuelta a mis tortitas y veo que Sophie ya ha terminado la suya.

—¿Quieres más? —le pregunto, y ella niega con la cabeza.

—No, esto es más que suficiente. Está muy bueno. ¿Te gusta cocinar?

—Un poco. A veces puede ser aburrido cocinar solo para mí.

—¿Entonces vives aquí solo? —Pregunta, y puedo ver que está buscando información.

«Dios, es tan linda».

—Sí, solo yo.

—¿No tienes novia ni nada? —Pregunta, aclarándose la garganta, y yo sonrío.

—No. ¿Y tú? ¿Tienes novio?

—No.

Compartimos una mirada y no puedo ocultar mi sonrisa. Ella me devuelve la sonrisa y mi lobo aúlla dentro de mí.

«¡Ella nos quiere! Reclámala», ordena.

«Lo haré. Después de que le cuente sobre los cambiaformas y las parejas predestinadas».

—Háblame más de ti —le digo.

—Bueno, acabo de licenciarme en contabilidad. Espero empezar a trabajar en una empresa, aunque aún no he hecho ninguna entrevista.

—Hay una pequeña empresa aquí en la ciudad. Llevan las finanzas y los impuestos de todas las empresas y de muchos ciudadanos —le digo, y ella sonríe.

—¿Están contratando?

—Sí.

—Hmm.

Ella se come el último bocado de sus tortitas y yo pongo las mías en un plato. Le paso el plato de bacon y toma un trozo.

—¿Qué más? —Pregunto mientras como.

—Bueno, mi color favorito es el azul y mi estación favorita es el otoño. Odio pasar demasiado calor. Me gustan más los alimentos salados que los dulces.

—¿Cuál es tu comida favorita? —le pregunto.

—Pepinillos. Y me encantan los pretzels blandos y el queso.

Mentalmente añado esos artículos a mi lista de la compra.

—¿Y tú? —Pregunta, y yo trago un bocado de comida.

—Mi color favorito es el verde, como tus ojos. Me gusta el otoño y el invierno. Prefiero pasar mucho frío que mucho calor. Tampoco me gustan mucho los dulces. Me encantan los filetes y las hamburguesas.

—¿Y la familia? Ya sabes que la mía es un desastre.

—La mía es buena. Viven en Florida. No los visito muy a menudo. No estamos muy unidos. Nunca lo hemos estado.

—¿Por eso te uniste a la Fuerza Aérea?

—Sí. No había muchas oportunidades en mi pequeño pueblo. Sabía que no quería quedarme allí, así que me alisté después del instituto. Conocí a Niko, mi jefe aquí, en uno de mis despliegues. Cuando salió y empezó a trabajar aquí, nos ofreció a unos cuantos unirnos a él, y yo acepté.

—Me alegro de que hayas formado aquí tu propia familia —dice dulcemente.

—Yo también.

Termino mi comida y llevo nuestros platos al fregadero.

—Puedo fregar los platos —me ofrece, y niego con la cabeza.

—Voy a cargar el lavavajillas. Por qué no vas a relajarte, y yo terminaré aquí, y luego iré a buscar tus cosas.

Asiente y la oigo dirigirse al salón. Cargo rápidamente el lavavajillas e inicio el ciclo.

—Vuelvo en unos minutos —le digo mientras me dirijo a la puerta.

—¿Debería ir contigo? —Pregunta, y me doy cuenta de que no quiere hacerlo.

—No, no estaré fuera mucho tiempo.

Salgo a toda prisa de casa, corro por el sendero y bajo la colina hasta el camping. Todo el mundo se ha ido, probablemente de excursión. Me dirijo a la tienda de Sophie y recojo todo, incluida la tienda. No hay mucho y lo llevo todo de vuelta por donde he venido.

Vuelvo a casa en menos de veinte minutos.

—Lo has traído todo —dice Sophie cuando entro por la puerta.

—Sí, no estaba seguro de lo que querías.

—Gracias.

—¿Querías ir a la ciudad? —le pregunto, y ella asiente.

—Claro. ¿Puedo ducharme primero?

—Por supuesto. Tómate tu tiempo.

Recoge su mochila y sube las escaleras. Yo me quedo abajo, haciendo lo posible por no imaginármela desnuda.

Fallo.

Estoy a punto de subir corriendo a reclamarla, cuando se cierra el grifo y oigo a Sophie moverse.

«¡Háblale de los metamorfos y de las parejas predestinadas ahora!» Mi lobo me urge.
«No. Lo haré pronto».
«Pronto. Me estoy hartando de oírte decir eso», gruñe, y suspiro.
«Yo también».

SIETE

Sophie

ESTOY ENAMORADA DE FLINT.

Me di cuenta ayer. Me encanta estar con él. Me divertí mucho mientras me enseñaba la ciudad y pasábamos el rato aquí en su casa. Vimos una película y preparamos la cena juntos. Para ser sincera, pasamos más tiempo hablando que viendo la película. Aprendí mucho sobre él, y con todo lo que aprendí, me enamoré un poco más de él.

Es muy amable y paciente. Es inteligente, honesto, digno de confianza y divertido. Es el paquete completo, y no puedo creer que no haya sido capturado por alguien más.

Cuando me desperté esta mañana, solo podía pensar en estar con Flint. Quiero ser su novia, su esposa, su todo.

Cuando ayer me enseñó la ciudad, me sorprendió verme viviendo aquí. La ciudad era pequeña pero encantadora. Todo el mundo parecía muy amable y simpático.

Siento que me arde el cuerpo cuando me doy la vuelta en su cama. Esta mañana me he acostado tarde, probablemente porque anoche me quedé hasta tarde hablando con Flint. Su olor me envuelve y me vuelve loca.

Llaman a la puerta, trago saliva y me revuelvo en la cama para incorporarme mientras Flint abre la puerta y asoma la cabeza.

—Hola, solo quería despedirme antes de irme a trabajar —me dice con una sonrisa fácil.

—¿Ya te vas? —Pregunto, mirando a mi alrededor en busca de mi teléfono.

—Sí, es casi mediodía. Estaré en casa a las seis, y entonces podré hacernos la cena —dice, y yo asiento con la cabeza.

—Suena bien. ¿Debería hacer algo por aquí?

—No, relájate. Volveré pronto.

—De acuerdo.

Me saluda una vez más con la mano y le oigo bajar las escaleras y salir por la puerta. Me desplomo sobre el colchón y respiro lentamente.

Estoy muy excitada. Me duelen los pechos y noto que mis bragas empiezan a humedecerse por la excitación. Por primera vez en mi vida, pienso en tocarme. Podría intentar quitarme el dolor que se me está formando, pero no es eso lo que quiero. Necesito que sea Flint quien me toque.

Me levanto de la cama y me meto en la ducha. Me decido por una fría, intentando controlarme. Más o menos funciona.

Vuelvo al dormitorio y rebusco entre mis cosas algo de ropa limpia. Cuando llego abajo, es casi la una. Me preparo un bol de cereales y me siento en el sofá, intentando decidir qué hacer ahora.

Podría solicitar algunos trabajos aquí en la ciudad. Quizá si consiguiera uno aquí, podría quedarme e intentar salir con Flint.

Tomo el móvil y abro Internet. Flint me dio el código Wi-Fi anoche, pero Internet sigue siendo bastante lento aquí. La página web de empleo tarda un rato en aparecer. Sé que quiero solicitar el trabajo de contable en la ciudad, pero creo que es mejor solicitarlo en varios sitios y así aumentar las posibilidades de que me hagan una oferta aquí.

Me paso las dos horas y media siguientes buscando trabajo en la zona y solicitándolo. No hay muchos, y el único que tiene que ver con mi carrera es la empresa de contabilidad de Aspen Ridge. Tengo la esperanza de que ese sea el trabajo para el que consiga una entrevista.

Llaman a la puerta y frunzo el ceño. Me pregunto quién puede ser.

Me levanto y me dirijo hacia la puerta principal. Se me revuelve el estómago cuando veo a mi madre con los brazos cruzados sobre el pecho.

Una parte de mí no quiere abrir la puerta. Ya sé que probablemente no quiero oír nada de lo que tiene que decir, pero es mi madre.

—Hola —digo débilmente mientras abro la puerta—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Vine a por ti! —Grita, y yo retrocedo un paso—. Tuve que rastrear tu teléfono porque saliste corriendo y no le dijiste a nadie adónde ibas. Recoge tus cosas. Nos vamos. ¡YA!

—No.

—¿Perdón? —Grazna.

—He dicho que no. No voy a volver contigo. Mamá, tu marido, Roger, es un maldito asqueroso. No puedo estar cerca de él.

—¡Cómo te atreves a hablar así de Roger! No ha sido más que amable contigo. Él organizó todo este viaje y ¿cómo se lo pagas? Escapándote con el primer hombre que ves y acostándote con él.

Quiero señalar que se ha acostado con muchos hombres a lo largo de los años, pero me muerdo la lengua.

—Mamá, Roger vino a por mí la otra noche. Me paró y me dijo que si quería vivir en su casa, tenía que hacer cosas para él. Cosas sexuales, mamá —recalco.

Quiero que me crea, pero en el fondo sé que es una causa perdida. Ella no puede creer lo que estoy diciendo. Simplemente no puede.

—Para. De mentir —me gruñe, y yo niego con la cabeza.

—No es mentira.

—Recoge tus cosas —me suelta, y niego con la cabeza.

—No voy a volver.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? La gira termina mañana. Nos vamos en dos días. ¿Cuál es tu plan, Sophie?

—Me quedo aquí. Con Flint.

Parezco confiada cuando lo digo, pero ya tengo dudas.

«¿Cuánto tardará Flint en hartarse de mí? ¿Adónde iré cuando eso ocurra?»

—Estás cometiendo un error —me advierte mi madre.

—No, no lo hago.

Mi madre me mira y yo le devuelvo la mirada.

—Está bien, como tú quieras —se queja antes de dar media vuelta y marcharse.

La miro marcharse un rato antes de cerrar la puerta y apoyarme en ella. Mi mente va a mil por hora, pero ahora no quiero pensar en mi madre ni en Roger.

Se hace tarde y sé que Flint no tardará en llegar, así que me dirijo a la cocina.

«Le sorprenderé con una cena. Eso también me ayudará a distraerme».

Intento olvidarme de la visita de mi madre mientras me lavo las manos y me pongo a trabajar.

OCHO

Flint

NO CONTROLO a mi lobo cuando entro por la puerta principal. Durante todo el día, solo he pensado en morder y reclamar a mi pareja. Esta noche hay luna llena, y el calor del apareamiento comienza mientras cierro la puerta tras de mí.

—Hola, bienvenido a casa —dice Sophie al asomar la cabeza por la cocina.

Su pelo rubio pálido está amontonado sobre su cabeza, y lleva una camiseta y unos pantalones de yoga que se amoldan a sus piernas y me hacen la boca agua.

«Pruébala», me urge mi lobo, y asiento con la cabeza.

«Lo haremos».

—Aquí huele bien —digo, intentando sonar normal mientras me quito las botas.

—Sí, hice la cena. Me imaginé que tendrías hambre después del trabajo.

Me dedica una sonrisa radiante y noto cómo me crecen los caninos mientras la miro fijamente.

—Voy a darme una ducha y a enjuagarme —le digo.

La verdad es que estoy ganando tiempo. Tengo que intentar controlar a mi lobo y a mí mismo antes de acercarme a Sophie.

«No, no lo haces», dice mi lobo, y yo pongo los ojos en blanco.

«Sí, es verdad. Aún tenemos que hablarle de los cambiaformas y de las parejas predestinadas. Podría elegir no estar con nosotros», le recuerdo, y él me gruñe.

«Haz que nos desee».

«Lo estoy intentando».

Subo las escaleras de dos en dos y me dirijo a mi dormitorio. Su olor cubre mi cama y me encanta. Respiro hondo y rezo en silencio para que esta noche pueda compartir la cama con ella.

Me dirijo al cuarto de baño y abro la ducha. Cuando me veo reflejado en el espejo, tengo un aspecto bastante salvaje. Mis ojos están desorbitados y llenos de lujuria y amor. Aprieto los dientes y respiro hondo antes de girarme y desnudarme.

El agua caliente no hace nada por calmarme. Cambio el agua a fría, pero tampoco ayuda.

Me seco y me pongo ropa limpia. Oigo a Sophie moverse abajo. Debe de estar poniendo la mesa y esperándome.

«Es hora de hacerlo», pienso mientras bajo las escaleras.

Sophie está poniendo la comida en la mesa cuando me reúno con ella en la cocina y me sonríe al verme.

—¿Listo para comer?

—Me muero de hambre —le digo, pero no tengo hambre de comida.

—No teníamos mucho en la nevera, así que he hecho espaguetis. Espero que esté bien.

—Es perfecto. Gracias.

Nos sentamos y ella empieza a comer. Doy un par de mordiscos mientras intento pensar en cómo sacar el tema de que estamos predestinados a estar juntos.

—¿Está bien? —Pregunta, sonando preocupada.

—Sí, es delicioso.

—¿Estás bien? Pareces un poco... tranquilo.

—Estoy bien.

Parece que no me cree y ya no puedo andarme con rodeos.

—Tengo que decirte algo —le digo y ella se tensa.

—¿Ha pasado algo?

—No, es que... necesito hablarte de algo.

—Vale... —dice vacilante.

—No soy solo humano —empiezo, y sus ojos se abren de par en par—.¡No estoy loco! —me apresuro a añadir.

Está claro que eso no ayuda.

—Soy un metamorfo.

—Um.

—Un cambia-lobos. Eso significa que puedo cambiar entre un lobo y un humano. Mucha gente aquí en la ciudad son cambiantes. Alec, ¿el chico del que te hablé del trabajo? También es un cambiaformas. También Niko y algunos más. Ash es un oso polar —divago.

—Un oso polar —dice entumecida, y yo asiento con la cabeza.

—Hay todo tipo de cambiaformas. Osos, lobos, zorros, conejos, halcones, básicamente todos los animales.

—Ajá.

—Lo digo en serio. Aquí, te mostraré.

Me levanto tan rápido que casi vuelco la silla.

—Solo mira —le digo mientras me quito la camiseta por encima de la cabeza.

—¡Whoa! Um, ¿qué estás haciendo? —Ella pregunta, poniéndose de pie también.

—No quiero rasgarme la ropa —le digo mientras me desabrocho y me quito los pantalones y los calzoncillos—. Ahora, mira.

Se tapa los ojos con las manos y veo que tiene la cara roja.

—Sophie. Por favor, confía en mí.

Abre los ojos y deja caer las manos. Su cara sigue teniendo el color de un tomate, pero no aparta la mirada. Me mira y yo asiento con la cabeza antes de empezar a moverme.

Dejo que mi lobo me empuje hacia delante, y me crecen el pelo y las uñas. En un segundo, ya no soy humano. En su lugar, estoy ante mi pareja como mi lobo.

—¡Dios mío! —Sophie grita y retrocede hasta chocar con la encimera de la cocina.

Me gustaría poder decirle que no se preocupe, pero como no puedo hablar, lo mejor que puedo hacer es acercarme a ella dos pasos y tumbarme frente a ella.

Tardo unos instantes, pero finalmente mi compañera se acerca a mí. Vacila y está claramente nerviosa, pero se acerca a mí y se inclina para acariciarme.

—Tan suave. Eres mucho más grande de lo que esperaba —admite.

Me siento y ella se levanta. Así estamos casi frente a frente y le resulta más fácil acariciar y

explorar a mi lobo. Pasa unos minutos examinando a mi lobo y pasando las manos por mi pelaje. Cuando parece satisfecha, retrocede y yo me muevo.

Me pongo los vaqueros y la camisa y la miro.

—Vale. No estás loco —acepta, y yo sonrío.

—Hay más —le digo, y vuelve a ponerse nerviosa.

—¿Qué? —Pregunta, y yo respiro hondo.

—Los metamorfos tienen compañeros predestinados. Es la única persona en el mundo con la que están destinados a estar. Solo amamos a una persona. No tenemos citas, no nos acostamos con nadie, ni siquiera miramos al otro sexo. Nadie más que nuestra pareja predestinada.

—De acuerdo. Suena romántico.

—Bien, me alegro de que pienses eso.

—¿Por qué?

—Porque eres mía.

—Yo soy tu...

—Compañera predestinada —termino.

Parpadea, pero parece casi feliz de oír eso.

—Así que me quieres.

—Más que a nada. Eres la única a la que he querido.

—¿Cómo lo sabes?

—Es tu olor. Puedo olerte. Mi lobo puede olerte.

—Yo... Vale, ¿qué pasa ahora?

Parece tranquila al recibir toda esta información. Espero que sea una buena señal y que no esté en estado de shock.

—Bueno, esta noche es luna llena, y en luna llena, los cambiaformas sienten el calor del apareamiento. Es básicamente una atracción intensa. Una necesidad de aparearse.

Ella asiente, y entonces lo huelo.

Lujuria.

Me desea tanto como yo a ella.

—Yo también puedo sentirlo —susurra—. Cuando me desperté hoy, era como si fuera lo único en lo que podía pensar.

—Yo también.

Ella asiente y yo me aclaro la garganta.

—Hay una última cosa. Los metamorfos reclaman a sus parejas predestinadas mordiéndolas. Una vez que lo haga, estaremos unidos. Será para siempre. Seremos para siempre.

Se apoya en el mostrador y asiente.

—Si necesitas tiempo para procesar esto o pensar en ello, está bien. Te daré tiempo. No quiero forzarte.

—¡No! No, te quiero a ti —me dice, y yo me estremezco de alivio.

—Gracias, joder —gimo mientras me acerco a ella.

Mis labios se posan en los suyos un instante después y la beso, volcando todas mis emociones en este abrazo. Quiero decirle que la quiero, pero me preocupa que sea demasiado pronto. Además, ahora mismo no quiero apartar mi boca de la suya para hablar. Prefiero usarla para otras cosas.

Sophie me rodea el cuello con los brazos y se aferra a mí. Le lamo la comisura de los labios y ella se abre para mí. Su lengua roza la mía y la aprieto con más fuerza.

—Te necesito —murmura contra mis labios, y yo asiento con la cabeza.

La agarro por las caderas y la levanto. Jadea y me rodea la cintura con las piernas cuando empiezo a moverme.

—¡Te harás daño! —Ella protesta, y yo resoplo.

—¿Cómo?

—Llevándome.

Frunzo el ceño y ella se sonroja.

—Soy demasiado pesada —dice en voz baja, y yo vuelvo a resoplar.

—Eres perfecta.

Le acaricio el culo y se queda con la boca abierta. Sonrío mientras la llevo arriba y al dormitorio. No quiero soltarla. Me gusta sentir sus curvas apretadas contra mí.

Mi lobo aúlla dentro de mí, y sé que a él también le gusta.

—Te necesito desnuda. Ahora —le digo mientras la pongo de pie.

Ella asiente y se quita su ropa. Ha oscurecido y la luna llena brilla en el cielo. Puedo sentir el calor del apareamiento en todo su esplendor. No estaba seguro de si Sophie también podría sentirlo, ya que es humana, pero supongo que sí.

Se quita la camisa y su pelo blanco como la nieve le cae por los hombros. Quiero enredar mis dedos en él. Quiero tirar de él mientras la machaco.

Me quito la camiseta y veo que mi compañera agarra sus pantalones. Se los baja y se queda delante de mí en sujetador y bragas. Son blancas y veo que se le ha formado una mancha de humedad en las bragas. El olor es más fuerte y me relamo. Quiero enterrar mi cara entre sus piernas y lamerla hasta que me impregne de ese aroma.

—Necesito quitármelo todo, Sophie —le digo mientras me desabrocho los vaqueros y me los bajo.

Respira hondo antes de echarse la mano a la espalda y desabrocharse el sujetador. Deja que los tirantes le resbalen por los brazos y lo tira al suelo, entre los dos. Gimo y observo embelesado cómo se quita las bragas.

Entonces estoy en el cielo.

Mi compañera está de pie frente a mí, desnuda y esperando a que la reclame.

«Finalmente», mi lobo gruñe, y tengo que darle la razón.

—Sobre la cama —le ordeno, y ella se apresura a hacer lo que le digo.

Mi miembro está duro como una roca y apuntando hacia ella mientras me arrastro hasta la cama a su lado. La anticipación me recorre el torrente sanguíneo y solo puedo pensar en todo lo que quiero hacerle. Quiero hacer que se corra con mi boca, mis dedos y mi pene. Quiero oírla gemir y rogarme que no pare. Quiero oírla gritar mi nombre en éxtasis.

Mi lobo se lame los labios en señal de acuerdo. Él también quiere todo eso.

—Te necesito, Flint. Mucho —me suplica Sophie, y yo salgo de mi aturdimiento y me acerco a ella.

La atraigo hacia mí y sello sus labios con los míos. Nos besamos, pero la sensación de la piel desnuda de mi compañera contra la mía me vuelve loco. Sophie enreda los dedos en mi pelo y se aferra a mí mientras la tumbo boca arriba y desciendo sobre ella.

Sophie separa los muslos y yo me acomodo entre ellos. La longitud de mi pene roza los labios de su sexo, y los dos gemimos ante la sensación.

—Más —suplica Sophie contra mis labios, y yo asiento con la cabeza.

Me balanceo contra ella una y otra vez. Mi compañera se estremece debajo de mí, rompo el beso y empiezo a deslizar los labios por su cuello hasta su pecho. Sus redondas tetas suben y bajan mientras jadea, y yo le sonrío. Me excita ver que mi compañera me necesita tanto como yo

a ella.

Le acaricio los pechos y froto los pezones con los pulgares.

—¡Oh! —Ella jadea.

Mi lobo aúlla y yo aspiro con fuerza. A los dos nos encanta oír cómo reacciona a nuestras caricias.

Me inclino hacia delante y lamo uno de sus pezones antes de metérmelo en la boca.

—¡Flint! —Sophie grita, y yo tarareo mientras prodigo sus pechos con atención.

Se retuerce debajo de mí, con su centro chorreante restregándose por toda mi longitud. Sus acciones y esos gemidos que no deja de soltar me están volviendo loco.

«¡Muérdela ya!» Me dice mi lobo.

En lugar de eso, cambio al otro pecho y le presto la misma atención especial. Sophie se arquea contra mí, con la cabeza echada hacia atrás sobre las almohadas, y hago todo lo posible por grabar esta imagen en mi memoria.

—Por favor, Flint —suplica Sophie, y yo asiento con la cabeza, soltando su pecho y besando su vientre.

—¿Adónde vas? —Pregunta asustada, y yo le sonrío.

—Necesito probar. Necesito asegurarme de que estás lista para mí, compañera.

—¡Lo estoy! —Ella promete, y yo solo le sonrío más ampliamente.

Separo aún más sus muslos y me acomodo entre ellos para estar a la altura de su hermoso núcleo rosado. Está empapada y una parte de mí quiere volver a besar su cuerpo y penetrarla, pero primero necesito probar. Quiero saber a qué sabe mi compañera. Quiero tener su sabor en mi lengua cuando la reclame.

Sophie jadea y se retuerce mientras separo sus labios inferiores y entierro mi cara entre sus muslos.

—¡FLINT! —Ella grita y yo gimo.

Mi lengua lame todos sus dulces jugos. Paso la lengua por su clítoris y sus caderas se disparan en respuesta.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —Ella jadea, sus muslos inquietos a cada lado de mi cabeza.

—Joder —gruño al sentir que su cuerpo empieza a tensarse.

Está a punto de llegar y quiero estar aquí cuando encuentre su liberación.

Utilizo el antebrazo para inmovilizarla contra el colchón mientras me la como como un muerto de hambre. En cierto modo, lo estoy. He esperado veintisiete años para tener a mi pareja.

Mi pulgar rodea su clítoris mientras mi lengua desciende. Cuando pellizco ese pequeño manojo de nervios, salta por los aires. Grita mi nombre hacia el techo y sonrío de satisfacción al oír lo ronca que suena.

Lamo su desahogo y me arrastro por su cuerpo. Estoy tenso y necesito a mi compañera. Necesito reclamarla.

Abre los ojos y me sonríe. Parece borracha de amor, y me encanta. Siempre debería tener ese aspecto.

«¡Muérdela!» Me grita mi lobo.

—Tan perfecta —susurro mientras mi pene roza su abertura.

Ella abre más las piernas en señal de invitación, y yo la beso una vez más antes de que mis labios se desplacen hasta la base de su cuello. La lamo y Sophie gime.

—Por favor —susurra, y yo asiento con la cabeza.

—Mía —le digo un segundo antes de hundir mis dientes en su cuello.

—¡Flint! —Ella grita, y yo empujo dentro de ella.

Vuelve a gritar y yo lamo la marca del mordisco, sellando la herida.

Su centro se aprieta a mi alrededor, y mis ojos se ponen en blanco ante la sensación. Cuando Sophie empieza a moverse debajo de mí, juro que casi me corro.

—Tranquila, compañera —le advierto, pero ella está demasiado inmersa en su placer.

Sus caderas se mueven inquietas contra las mías, y aprieto los dientes mientras su calor húmedo me envuelve.

Retiro las caderas y vuelvo a penetrarla con un movimiento lento y constante. Suspira y jadea mientras lo hago una y otra vez.

Me encantan los sonidos que hace.

La quiero.

Quiero decírselo, pero solo puedo pensar en hacer que mi pareja se corra.

El sudor cubre nuestra piel, y pierdo la noción del tiempo y de dónde acabo yo y empieza ella mientras la hago mía. Se siente tan bien debajo de mí, envuelta a mi alrededor. Es perfecta.

La siento apretarse a mi alrededor y sé que está a punto de correrse.

—Vente por mí, compañera. Déjame sentirlo —gruño, y ella gime, clavándome las uñas en los brazos mientras se aferra a mí.

—Flint —solloza, y un momento después, se corre sobre mi polla.

—Joder —grité.

Verla así. Sentir cómo se corre por mí, oír sus gritos, es demasiado. Me pone al límite.

Entonces yo también me corro.

Sus ojos verdes me miran, y entonces puedo verlo. Ella también me quiere. Está claro como el día en su cara.

«*Haz que se corra otra vez*», me ordena mi lobo, y sonrío.

—¿Qué? —pregunta Sophie, y yo le sonrío.

—Mi lobo quiere que haga que te corras otra vez —le digo, y ella parpadea.

—¿Puedes oírle? ¿Puedes hablar con él? —Me pregunta, y yo asiento con la cabeza.

Nos hago rodar para que se ponga encima y jadea cuando vuelvo a hundirme en ella.

—Qué guay. Tengo muchas preguntas.

—Pregunta —le digo mientras me pongo las manos detrás de la cabeza.

—Tal vez más tarde. Ahora mismo, creo que tiene razón.

Entonces, para mi sorpresa, se levanta a horcajadas sobre mí y empieza a moverse.

—Joder —gruño, y ella sonríe.

—Exactamente.

«Dios, amo a mi compañera».

NUEVE

Sophie

NUNCA EN TODO este viaje de senderismo me había despertado tan dolorida. Parece como si todos los músculos de mi cuerpo hubieran estado bien utilizados. Probablemente porque es así.

Sonrío al recordar todo lo que Flint y yo nos hicimos anoche. Probamos tantas posturas diferentes, tantas cosas distintas. Me sonrojo al recordar algunas de ellas.

Sin embargo, hubo una cosa que no hicimos. O mejor dicho, que yo no pude hacer.

Miro a Flint y veo que sigue durmiendo. Su pelo castaño oscuro le cae sobre la frente y le hace parecer más joven.

Tomo una decisión en una fracción de segundo y me meto bajo las mantas. Me meto entre sus piernas y me muerdo el labio cuando me encuentro cara a cara con su pene. Es tan grande que, por un momento, no puedo creer que anoche cupiera dentro de mí.

Paso los dedos por su miembro y luego lo rodeo con los míos. Le doy unas cuantas caricias tentativas y oigo a Flint gemir cuando empieza a agitarse.

Su pene se endurece en mi agarre y sonrío. Me encanta tener esta influencia sobre él. Me encanta cómo parece adorarme a mí y a mi cuerpo.

—Compañera —gime Flint, y yo me inclino hacia delante, lamiendo un camino por la parte inferior de su longitud.

Abro la boca y lo trago. No me cabe entero; es demasiado grande para eso, pero no parece importarle. El resto lo acaricio con la mano al ritmo de la boca.

Gimo cuando su polla golpea el fondo de mi garganta y oigo a Flint maldecir, con los muslos tensos. Es evidente que le gusta, así que lo repito una y otra vez.

—Sophie —suplica Flint, y yo chupo con más fuerza.

Nos quita las mantas de encima y le miro con la boca llena de su polla.

—Mierda, compañera. Eres tan malditamente hermosa. Verte así. Joder, es la perfección.

Sus elogios me producen un cosquilleo y me ruborizo mientras vuelvo a chuparle el miembro. Enrosco la mano alrededor de la base y sus caderas salen disparadas de la cama.

—¡Mierda, Sophie!

Encuentro un ritmo, y pronto, el pene de Flint se hincha en mi lengua.

—Sophie, compañera, me voy a correr —me advierte, y yo gimo, animándole a correrse en mi boca.

—Joder —sisea, y un segundo después, se corre.

Me trago su descarga y le sonrío. Cuando me chupo los labios, Flint me gruñe. Me carga y,

un segundo después, nos da la vuelta y me penetra.

—Tan. Jodidamente. Caliente —grita, puntuando cada palabra con un empujón.

—¡Flint! —Jadeo, y él gruñe en mi cuello, lamiendo la marca del mordisco.

Me corro.

Duro.

Parece que lo hago cada vez que toca esa marca. Quiero preguntárselo, pero mi mente se queda en blanco con mi liberación.

—Joder, joder, joder —canta Flint mientras encuentra su propia liberación.

Los dos jadeamos mientras bajamos de nuestros subidones y nos miramos fijamente.

—Buenos días —jadeo, y él se ríe.

—Muy buenos días —acepta.

Se inclina y me besa mientras se retira. Los dos gemimos y yo quiero atraerlo de nuevo hacia mí, pero él se pone de lado primero.

—Vamos. Vamos a ducharnos.

Asiento y dejo que me saque de la cama. Entramos en el baño, abre la ducha y me arrastra bajo el chorro.

Suspiro mientras el agua caliente recorre mis músculos cansados. Flint sonríe, toma una toallita y le echa un chorro de jabón. Me enjabona y empieza a lavarme el cuerpo. Dejo que me limpie y miro cómo se lava él.

Siempre cuida de mí primero.

Cuidando de mí. Siempre está cuidando de mí. Siempre está pendiente de mí. Nunca había tenido eso antes y no me di cuenta de lo agradable que es. No me di cuenta de lo rápido que me acostumbraría y empezaría a desearlo.

Entonces me golpea como una tonelada de ladrillos.

Amo a Flint.

Lo sabía el otro día, o al menos que me estaba enamorando de él, pero ahora, estoy cien por cien segura. Es como él dijo. Realmente estábamos destinados a estar juntos.

—Hoy tengo que ir a trabajar —me dice Flint disculpándose mientras usa una toalla para secarme.

Me encanta que siempre esté ahí para mí, anticipándose a lo que necesito antes de que pueda hacerlo yo misma. He pasado la mayor parte de mi vida valiéndome por mí misma y es agradable tener a alguien en quien confiar. Y es aún mejor que a Flint le guste tanto mimarme.

—Vale. He solicitado unos cuantos trabajos, así que quería comprobar mi correo electrónico —le digo.

—¿Trabajos aquí arriba? —pregunta Flint con entusiasmo, y yo asiento con la cabeza.

—Sí, lo hice ayer cuando estabas en el trabajo.

—Te quiero —me dice, rodeándome con sus brazos.

Noto que su pene empieza a endurecerse y aprieto contra él. Él gime y yo sonrío.

—Nada me gustaría más que llevarte a la cama, pero tengo que ir a trabajar. Volveré pronto. Hoy es mi turno corto.

—Vale, te mantendré la cama caliente —le ronroneo.

Vuelve a gemir y yo suelto una risita.

—Me estás matando, compañera.

—Ve a trabajar. Estaré aquí cuando llegues a casa.

Me da un beso en los labios y se dirige al dormitorio para vestirse. Me giro hacia el espejo y me paso un cepillo por el pelo. Me pongo crema hidratante cuando vuelve.

—Volveré en unas horas.

Asiento con la cabeza y vuelve a besarme antes de irse.

Me tomo mi tiempo para prepararme y me pongo unos pantalones de yoga cuando oigo un fuerte estruendo en el piso de abajo. Se me eriza el vello de la nuca y me quedo paralizada, escuchando el ruido de la madera que se astilla y se rompe debajo de mí.

—Mierda —siseo mientras busco mi teléfono y llamo a Flint.

—Compañera —responde, con calidez en la voz.

—¡Alguien está entrando! —Le digo.

Siento que el pánico se apodera de mí.

—Tiene que ser Roger, ¿verdad? ¿Quién más vendría aquí? ¿Quién más irrumpiría?

—Cálmate, Sophie. Voy para allá.

—Ya vamos —oigo que añade otro chico.

—No cuelgues —me dice Flint, y yo trago saliva.

—Están dentro —susurro, y oigo rugir el motor al otro lado de la línea mientras Flint acelera.

—Estamos a un minuto. Estaré allí pronto. Cuelga.

—Están subiendo —susurro mientras me deslizo para esconderme detrás de la cama.

—Ve al armario, Sophie. Escóndete allí. Voy a girar en nuestro camino ahora.

Hago lo que me dice y me arrastro hasta el armario, cerrando la puerta en silencio tras de mí. Oigo pasos en el piso de abajo mientras me buscan. Luego empiezan a subir las escaleras.

Contengo la respiración mientras los pasos se acercan cada vez más.

DIEZ

Flint

ME DETENGO en la puerta de mi casa. Alec ya ha salido de mi coche y yo me apresuro a hacer lo mismo.

—¡Revisa abajo! —Le grito mientras corremos hacia la puerta principal.

La puerta se ha roto, saltamos sobre los restos y nos separamos. Subo las escaleras de dos en dos y me dirijo a nuestro dormitorio. Supongo que está en el armario.

Entro en el dormitorio y mi lobo gruñe al ver a Roger de pie en el armario con nuestra compañera. La tiene agarrada por el brazo e intenta sacarla, pero se paraliza al verme allí.

En cuanto veo a ese asqueroso tan cerca de mi compañera, estallo. Le prometí a mi compañera que la mantendría a salvo y estoy a punto de hacerlo.

Corro hacia delante y le agarro. Deja de sujetar a Sophie cuando me ve dirigiéndome hacia ellos y se gira para mirarme de frente.

—Tú —gruñe, pero no pierdo el tiempo hablando.

Golpeo con el puño en la mandíbula de su padrastro. Su cabeza se inclina hacia un lado y le brota sangre de la boca, pero no me detengo. Le agarro del brazo, se lo doblo por la espalda y le hago bajar las escaleras.

Alec está a punto de subir, pero se detiene al verme.

—Yo me encargo a partir de aquí —me dice, pero niego con la cabeza y sigo empujando a Roger fuera de mi casa y por el camino por el que vino.

—Tengo que ocuparme de él —le digo a Alec, que asiente y me sigue fuera.

Empujo a Roger, que se desploma sobre la nieve, balbucea mientras se pone en pie y se vuelve hacia mí.

—Idiota —gruñe, y yo sonrío.

—¿Yo? Yo no soy el que acosa a su hijastra. Yo no soy el que intenta acostarse con ella. Eres un puto asqueroso —le escupo.

Se abalanza sobre mí, pero estoy preparado. Golpearle esta vez me hace sentir bien. Quiero hacer papilla a este hombre por lo que le hizo a mi Sophie, por toda la mierda que le hizo pasar.

Se lo merece.

Lo tiro al suelo y le golpeo la cara hasta que queda hecho papilla. Balbucea y respira hondo.

—¡Para! Flint, ¡para! —Sophie suplica, y yo me paralizo, girándome para verla correr hacia nosotros.

—Quédate ahí —le digo, y ella se para en seco.

—No lo mates. Solo quiero que se vaya. Haz que se vaya y que prometa no volver jamás —me suplica, y yo asiento con la cabeza.

—Ya la has oído —le digo a Roger mientras le agarro del cuello de la chaqueta y me pongo en pie.

Respiro hondo y empiezo a arrastrarlo por el sendero, lejos de mi compañera y de nuestro lugar.

Roger avanza a trompicones, intentando recuperar el aliento, y por fin se pone en pie. Lo giro hacia delante y lo empujo.

—Ya has oído a mi chica. Puedes irte esta vez, pero si alguna vez vuelves aquí, si alguna vez vuelvo a ver tu cara, te mataré. Te lo prometo —le siseo.

Me mira aterrorizado y yo le enseño los dientes.

«Mátalo», gruñe mi lobo, pero niego con la cabeza.

«Le prometimos a nuestra compañera que no lo haríamos».

Patea el suelo, mirando a Roger, y yo hago lo mismo.

—Vete. Ahora mismo. Antes de que cambie de opinión.

Se da la vuelta, tropieza y se tambalea lo más rápido que puede por el sendero hasta perderse de vista. Le sigo, asegurándome de que vuelve con el grupo. Se detiene brevemente, toma un poco de nieve y se limpia la cara. Se echa más nieve en la cara, probablemente para aliviar la hinchazón, antes de volver a ponerse en marcha.

Cuando llega al grupo, doy media vuelta y me dirijo a casa. Necesito volver con mi compañera y asegurarme de que está bien y de que sabe que siempre la mantendré a salvo.

«Déjame volver corriendo. Será más rápido», argumenta mi lobo, y yo asiento.

Me desnudo y dejo la ropa en una caja detrás de un gran árbol que está allí precisamente para eso. En cuanto estoy desnudo, me muevo y suelto a mi lobo. Cae al suelo a cuatro patas y se pone en marcha.

Todo en lo que podemos pensar es en nuestra compañera durante todo el camino a casa. Su madre seguía con el grupo, así que sé que no tengo que preocuparme de que amenace a mi compañera.

«Pero estaba asustada», señala mi lobo, y yo aprieto los dientes.

«Ya lo sé. Lo arreglaremos».

Un momento después, estamos en casa y me vuelvo a poner ropa nueva de la caja del porche antes de entrar corriendo.

Sophie está sentada en el sofá, con los brazos alrededor de la cintura mientras se balancea ligeramente hacia delante y hacia atrás. Tiene las mejillas sonrojadas, probablemente por el frío, y quiero acercarla a la chimenea. Se le saltan las lágrimas y corro a su lado. Alec entra de la cocina con una taza de té en la mano y me la pasa.

—Gracias —le digo y él asiente.

—Voy a salir. Avísenme si necesitan algo.

Asiento con la cabeza y le veo marcharse antes de volverme hacia mi compañera.

—Ten, Sophie, no pasa nada —le digo mientras la recojo en mis brazos.

La subo a mi regazo y ella rompe a sollozar en mi pecho. Mi lobo va y viene dentro de mí, preocupado por nuestra compañera, e intento tranquilizarlo mientras la consuelo.

—No pasa nada. Se ha ido. No volverá. Todo va a salir bien —le digo.

Sigue llorando y yo la abrazo más fuerte.

Enfrentarme a los malos y recibir disparos en el extranjero, nada de eso me ha asustado nunca. ¿Pero esto? ¿Ver llorar a mi compañera? Me aterroriza.

«¡Arregla esto!» Mi lobo me muerde.
—Por favor, deja de llorar, Sophie. Me está matando verte así. Háblame. ¿Qué te pasa?
—Me vas a odiar —resopla, y no puedo evitarlo.
Me echo a reír.

ONCE

Sophie

—¿ODIARTE? Nunca podría odiarte —me dice riéndose.

Me aferro a Flint mientras me mece de un lado a otro en el sofá.

—Estaba tan preocupada —susurro, y él me hace callar.

—Está bien. Siempre cuidaré de ti. No dejaré que nadie te haga daño —promete.

Asiento con la cabeza, intentando secarme las lágrimas. Hoy mis emociones han estado por todas partes. He pasado de la felicidad delirante al miedo, a la preocupación y luego al alivio. Estoy agotada.

—Lo siento —le digo, y él me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—Por arrastrarte a todo esto. Seguro que tu vida era mucho más fácil antes de que yo llegara —digo con un resoplido.

—Claro, pero también era aburrido. Cada día se mezclaba con el siguiente. No volvería por nada del mundo —me asegura, y yo niego con la cabeza.

—Eso lo dices ahora.

—Y lo digo en serio —interviene—. Te quiero, Sophie. ¿Recuerdas lo que te dije sobre los cambiaformas y las parejas predestinadas? Era verdad. Eres la única para mí.

—¿Y si te arrepientes? ¿Y si vuelven y causan más drama y problemas?

—No importará. Nada me impedirá amarte. Nada, Sophie.

—Pareces muy seguro.

—Porque lo estoy —insiste—. Eres mi compañera predestinada y siempre te amaré. Ahora dime que tú también me amas.

—Te amo —le digo sinceramente—. Te quiero desde la primera noche que nos conocimos.

—Yo también —dice, rozando su nariz con la mía.

Me inclino hacia delante, acortando la distancia que nos separa y presionando mis labios contra los suyos. Me devuelve el beso con ganas y pronto estamos besándonos en el sofá.

—Te necesito —gimo contra su boca, y él asiente.

—Vamos a llevarte arriba.

—¿Me acompañas a la ducha? —pregunto, y él asiente.

Se levanta, me carga en brazos y yo sonrío, rodeándole el cuello con los brazos mientras me lleva escaleras arriba.

Había tenido mucho miedo, pero en cuanto Flint llegó a casa, supe que iba a estar bien.

Nunca dejará que me pase nada malo.

Me lleva al cuarto de baño y me pone de pie antes de encender la ducha. Veo cómo ajusta la temperatura y luego se vuelve hacia mí.

—Desnúdate, compañera —me ordena, y sonrío.

Me encanta cuando toma el control y me da órdenes. Me encanta que sea él quien mande.

Me apresuro a quitarme la ropa, y entonces él me agarra de la mano y tira de mí bajo el chorro de agua.

—Deja que me ocupe de ti —murmura un segundo antes de que sus labios se posen en los míos, y yo sonrío, dejándole hacer precisamente eso.

DOCE

Flint

CINCO AÑOS DESPUÉS...

—¿LLEGAMOS tarde? —pregunta Sophie al bajar las escaleras, con nuestra hija apoyada en la cadera.

—No, estaremos bien —le aseguro.

Nos reunimos todos en el Cuartel General de Rescate de Montaña para una cena a la cazuela. Sophie y yo hemos preparado un dip de siete capas y una tarta de seda y chocolate de postre. Ya los he cargado en el coche y solo estoy esperando a mi mujer y a mis hijos.

Sophie y yo nos casamos una semana después de conocernos en una pequeña ceremonia en un juzgado de la ciudad. Nos llevó un tiempo recoger sus cosas de casa de su madre. Su madre gritaba cada vez que Sophie intentaba llamar. Tuve que llamar a Roger y amenazarle antes de que finalmente accediera a enviarnos las cosas de Sophie.

Los paquetes llegaron en su mayoría dañados, pero por suerte, Sophie no se había alterado demasiado. No tenía mucho, pero sus documentos importantes y un peluche que quería llegaron sanos y salvos.

Sonrío al ver a nuestra hija mayor, Eden, agarrada a ese mismo peluche.

Nos enteramos de que estábamos embarazados justo después de volver de nuestra luna de miel. Los dos estábamos encantados, aunque sé que Sophie tenía miedo de no ser una buena madre. Hablamos de ello varias veces y cada vez le aseguraba que iba a ser una madre estupenda.

Creo que tuvo que nacer Eden para que se lo creyera. En cuanto tuvo a nuestra hija en brazos, fue como si todo encajara. Ha sido increíble con nuestras dos hijas. Nada como su propia madre.

Yo sigo trabajando para el Rescate de Montaña y a Sophie la han contratado en la empresa de contabilidad de la ciudad. Trabaja desde casa la mayoría de los días para poder estar en casa con nuestras hijas.

Ever, nuestra hija mayor, está a punto de empezar la guardería, y Eden la seguirá el año que viene. Eso nos dará más tiempo libre a los dos.

—Morgan dice que acaban de llegar —dice Sophie mientras consulta su teléfono.

Morgan es la mujer de Alec. Se conocieron un mes después que nosotros, y Sophie y ella han sido amigas íntimas desde el principio.

—¿Lista para irnos? —Pregunto, y ella asiente.

—Vámonos.

Agarro la mano de Ever y salimos hacia el coche. Lo tengo en marcha para que esté lo suficientemente caliente para mis hijas.

—¿Estarán mis amigos, papá? —pregunta Ever mientras la abrocho en la sillita.

—Sí, cariño. Todo el mundo va a estar allí. ¿Tienes hambre?

—Ajá —asiente, pero me doy cuenta de que está más emocionada por ver a sus amigos que por la comida que vamos a tomar.

Sophie abrocha a Eden en su sillita y yo me dirijo al lado del copiloto y le abro la puerta a mi compañera.

—Gracias —dice con una sonrisa.

Se inclina y me da un beso en los labios mientras se sienta en el asiento del copiloto.

—Por supuesto.

Espero a que se abroche el cinturón antes de cerrar la puerta y dirigirme al lado del conductor.

Hace tantos años, cuando dejé las Fuerzas Aéreas y decidí seguir a Niko a este pueblecito de Alaska, nunca hubiera podido predecir que sería lo mejor que haría en mi vida. Este trabajo, este pequeño pueblo, me llevaron a mi compañera predestinada. Me llevó hasta ella en el momento exacto en que más me necesitaba, y me permitió protegerla y rescatarla de su terrible familia.

Y ahora hemos construido nuestra propia familia. Una mejor de la que ninguno de nosotros tuvo nunca.

«El destino actúa de forma misteriosa», pienso mientras nos dirigimos a la sede.

Miro hacia ella y sonrío cuando Sophie me agarra la mano. Nos sonríe, con ese brillo familiar en los ojos, y mi lobo se relame los labios.

«Nuestra compañera nos quiere», me dice, y yo asiento con la cabeza.

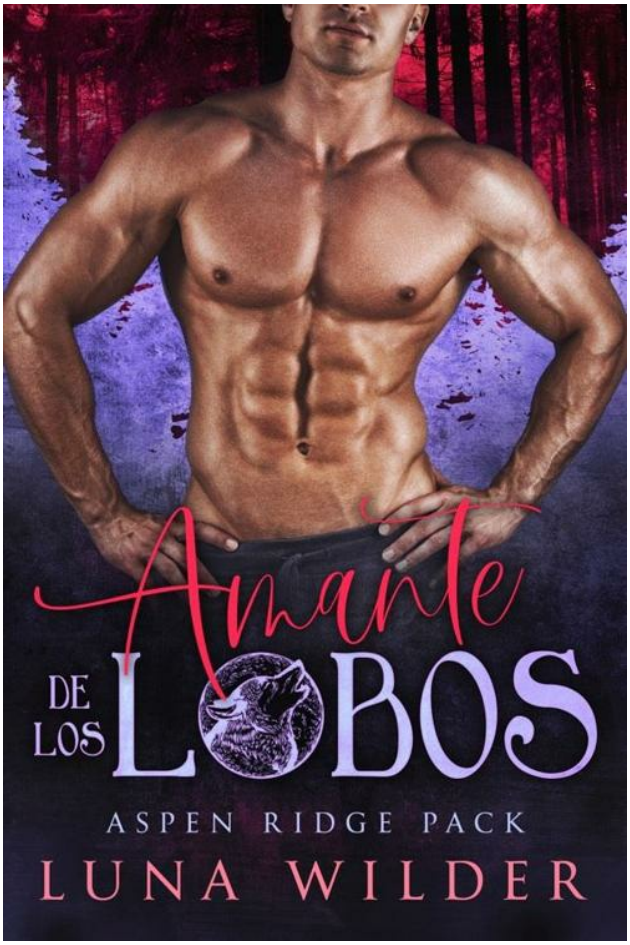
«Lo sé. Parece que esta noche va a ser una noche muy buena».

Ambos sonreímos mientras nos adentramos en la noche.

¿BUSCAS MÁS LIBROS EN ESPAÑOL? **¡Échales un vistazo aquí!**

WANT A FREE BOOK?

¡Consigue Wolf Lover gratis! ¡Puedes hacerte con tu copia aquí!



Visite www.lunawilderbooks.com para obtener más libros gratuitos.

ACERCA DEL AUTOR

Autor de novelas paranormales. ¡Amante de los hombres altos, las mujeres fuertes y los felices para siempre! Si te encantan los compañeros predestinados, los cambiantes sexys, las mujeres con curvas, los hombres alfa y las especias, ¡entonces te encantará un libro de Luna Wilder!

www.lunawilderbooks.com



OTRAS OBRAS DE LUNA WILDER

Aspen Ridge Pack: Shifter M.D.

Bitten By The Doctor

Bound To The Doctor

Fated To The Doctor

Marked By The Doctor

Aspen Ridge Pack: Loners

The Grizzlies Captive Mate